

# La hora del decrecimiento

## **EL FINAL DE LOS TIEMPOS: LA NECESIDAD DE LA RUPTURA**

El Renacimiento, al mismo tiempo que la generalización de la economía mercantil, preparando la vía al capitalismo productivista, cambió completamente nuestra relación con el tiempo. Artificialmente dividido por el reloj mecánico, contado y descontado, el tiempo se convierte en el objeto central de la economía. Debemos producir siempre en un tiempo dado. Debemos acelerar los ritmos de la vida y abreviar su duración (entre ellos, la vida de los objetos). El presente desaparece en una eternidad virtual. Vivimos, sin duda alguna, mucho más tiempo (por término medio), pero sin haber tenido nunca el tiempo de vivir.

## **LA ANIQUILACIÓN PRODUCTIVISTA DEL TIEMPO**

Los hombres de la modernidad habían manifestado una fe ciega en el progreso espontáneo. Persuadidos de que el tiempo de la innovación no podía suspender su vuelo, afirmaban con autoridad lo que era a la vez una evidencia y una certeza: «¡El progreso no se detiene!». Y aquellos que se atrevían a llevarles la contraria eran calificados de horribles reaccionarios. «Afeitarse más rápido con el fin de tener más tiempo para trabajar en la concepción de un aparato que afeite más rápido aún.» ¡Todavía más lejos, todavía

más alto, todavía más rápido! Este lema olímpico se había inmiscuido en el imaginario colectivo.

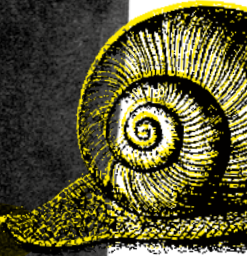
Los hombres tenían que ser competitivos e inscribirse a diario en una loca carrera contra reloj. Nicholas Georgescu-Roegen, en su época, había denunciado este frenesí con la parábola del «ciclódromo de la afeitadora eléctrica». Esto «consistía en afeitarse más rápido con objeto de tener más tiempo para trabajar en la concepción de un aparato que afeitara más rápido aún, y así continuamente hasta el infinito». Aparentemente irreversible, este proceso provoca ya algunos estropicios en el mundo del trabajo cuando el cronómetro del taylorismo se introduce en el seno del taller, hacia finales del siglo XIX. El enorme aumento de la potencia productiva de los trabajadores es descrita en términos elogiosos por su iniciador, F. W. Taylor, y el salario *a destajo* pagado a aquellos que, hasta entonces, perdían el tiempo inoportunamente, prefigura ya el famoso eslogan liberal del siglo XXI: trabajar más para ganar más.

El fordismo amplificará todavía más este vasto movimiento de descalificación del trabajo. Las cadenas de producción, que durante la segunda mitad del siglo XX se vuelven infernales, engendran, en el interior de la fábrica, unas disfunciones nocivas para la sacrosanta productividad (absentismo, alza de la

tasa de rotación, piezas defectuosas desechadas, descenso de la calidad de los productos...). Es preciso romper la monotonía de ese trabajo reventado, desmenuzado, parcelado y desvitalizado. En los medios patronales se empieza a hablar de la ampliación y el enriquecimiento de las tareas y pronto se presenta el toyotismo como el remedio a la crisis del sistema taylorfordiano. No servirá para nada, puesto que el trabajador, que vuelve a ser aparentemente más responsable, permanece subordinado a las conminaciones del péndulo.

El concepto de inmediatez, el «justo a tiempo», —hay que comprar o producir solo aquello que se necesita, y solo cuando se necesita— permite reducir las existencias y los costes de producción, pero deja la puerta abierta a la flexibilización laboral y, por lo tanto, a su precarización. Un estudio de OMD Worldwide, encargado por Yahoo!, había llegado incluso a la conclusión de que, explotando la multiactividad que caracteriza a una juventud ultrarrápida, ¿sería posible inducir a los miembros de las nuevas generaciones a realizar hasta a 14 horas de actividad al día!

La prolongación de la duración de la vida se percibe igualmente como una de las ventajas del desarrollo económico occidental. Los extraordinarios progresos de la medicina han aumentado en todas



partes la esperanza de vida. Incluso en los países del Sur, esta ha aumentado considerablemente.

En los países desarrollados, se ha pasado decididamente de 30 a aproximadamente 70 años de vida entre los siglos XIX y XX. De todas maneras, algunas mentalidades pesimistas, cuya reserva no es sinónimo de oscurantismo, no pueden resignarse a aceptar hipocóricamente los progresos médicos. Desconfían de una investigación cuya gratuidad ha desaparecido ante la finalidad, desde que los investigadores atienden mucho más a menudo los intereses de las potencias económicas y políticas que los de los ciudadanos. A título de ejemplo, solo el 10% de los gastos en investigaciones médicas están orientados hacia las enfermedades de las que son portadores el 90% de las personas más pobres.

Claro está que, entre 1946 y 1976, esos años llamados gloriosos por algunos reconocidos economistas, el pastel del crecimiento adquirió volumen y su reparto parece más igualitario; asimismo, los hombres viven más y los investigadores pueden ser felicitados. Sin embargo, esto plantea un problema demográfico que Jacques Ellul presentaba de esta manera: «La sociedad tiene a su cargo a una masa considerable de ancianos que hay que mantener y cuidar. Se entabla entonces una loca carrera: para compensar ese gran número de ancianos, hacen falta aún más niños, para que la pirámide de edades no descansa sobre el extremo. Pero

esto me parece de una imprevisión increíble, pues al fin y al cabo esa duplicación, esa triplicación del número de niños, aunque va a producir sin duda alguna dos veces más de trabajadores en veinte años, asegurando así la producción necesaria para el mantenimiento de los viejos, dentro de sesenta años, tendremos dos o tres veces más ancianos... ¿Hay que continuar? ¡Esto significaría que la población de un país en cincuenta años se habría multiplicado aproximadamente por diez! ¡Sencillamente absurdo!».

Artificialmente hinchado gracias a la levadura del progreso técnico, ese pastel contiene a partir de ahora temibles venenos. Efectivamente, la calidad (meramente fisiológica) de la vida disminuye. La cantidad de minusválidos aumenta, la salud se vuelve más frágil. La modernización se considera responsable de determinadas pandemias normalmente atribuidas a la vida salvaje. Así, el anófeles de la malaria, originariamente un parásito de los monos, es condenado a instalarse en el hombre a causa de la destrucción de los bosques. Según Édouard Goldsmith: «La tala de los bosques amazónicos también ha puesto al hombre en contacto con la leishmaniasis, que afectaba anteriormente a los perezosos y a los tatúes.»

Lanzadores de alerta como el doctor Dominique Belpomme, insisten enérgicamente en el vínculo entre el desarrollo de los cánceres —especialmente en los niños— y la proliferación de productos tóxicos,

responsables del empobrecimiento de la tierra y del agua. «Así, tenemos más posibilidades de vida y vivimos más tiempo, pero vivimos una vida más reducida y no tenemos la misma potencia vital. Estamos obligados sin cesar a compensar nuevas deficiencias», concluye Ellul.

Somos cada vez más dependientes de prótesis y de tratamientos que nos mantienen en vida, pero que reducen nuestras capacidades de disfrutarla. Asimismo, ha salido a la luz un consumo médico y farmacéutico desenfrenado, y el presupuesto de la Seguridad Social ya no basta para hacerse cargo de todos los niños y adultos minusválidos, ni para tratar a todos los enfermos que necesitan recurrir a tratamientos caros como, por ejemplo, la diálisis. Realmente, la política sanitaria ha de ser por fuerza monstruosa. Espíritus sabios estiman que, antes de lanzarse a nuevas hazañas, habría sido acertado encontrar soluciones sociales aceptables para esos problemas. ¿Acaso no era más razonable optar por la lucha contra la contaminación en vez de dejar proliferar los cánceres y construir después, con elevados costos, nuevos centros de cuidados? Se piensa incluso que la esperanza de vida ha iniciado su declive.

Serge Latouche, Didier Harpagès  
Texto extraído de *La hora del decrecimiento*  
Ediciones Octaedro